NUM. 10. MADRID, 30 DE MAYO DE 1858. AÑO II.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS.

Las pocas columnas de un periódico no son espacio suficiente para contener una biografía del célebre don Francisco de Quevedo Villegas, y un juicio crítico de sus numerosas y estimadas producciones. Por otra parte, esta biografía y este juicio están ya trazados (gracias á la pluma del concienzudo, elegante y atinado escritor don Aureliano Fernandez Guerra) al frente del tomo XXII de la *Biblioteca de autores españoles*; y lo están de tan acertada manera, que nada le queda que desear al que se limite á leer, ni que esperar al que se proponga escribir. Mi objeto, pues, debe reducirse, y se reduce en efecto, á hacer una ligerísima reseña del carácter y escritos de don Francisco de Quevedo.

Nació este en Madrid, y fue bautizado en la parroquia de San Ginés el dia 26 de setiembre de 1580.

Todavía niño le privó la muerte de las paternales caricias; y algunos años despues, habiendo perdido tambien á su madre, quedó bajo la tutela del protonotario de Aragon Agustin de Villanueva.

Hizo sus primeros estudios en la universidad de Alcalá de Henares, donde aprendió latin y griego; y avanzando despues en el estudio de los idiomas, hízose dueño del hebreo, arábigo, francés é italiano. El dominio de estas lenguas, sus vastos conocimientos en las ciencias sagradas, morales, políticas y naturales; su inmensa erudicion, y el fuego y la actividad de su talento, le granjearon muy pronto el aprecio de muchos hombres célebres, dentro y fuera de España.

Amenizó desde su mas tierna juventud sus graves y penosos estudios, consagrando algunas horas al cultivo de las bellas letras; y muy pronto se vió en los sazonados frutos de su ingenio que no habian sido perdidas aquellas horas de distraccion y recreo. En las *Flores de poetas ilustres de España* publicadas en Valladolid en 1605, incluyó Pedro Espinosa varias composiciones de don Francisco de Quevedo, que ya corrian hacia algunos años manuscritas y le habian dado á conocer como escelente poeta epigramático y festivo. Pocos años despues escribió el primero de sus *Sueños*; y esta obra que no publicó por entonces, pero que círculo inédita, dejó ya ver al moralista profundo y al implacable satírico que con tanta sagacidad sabia desnudar el corazon del hombre para dispararle con mano segura las mas punzantes saetas.

Si la naturaleza hizo á Quevedo satírico, su estrella le puso en circunstancias de poder estudiar al hombre en todos sus estados y condiciones. Con libre entrada en el palacio de sus reyes, y con relaciones de amistad con los grandes, pudo ver la adulacion (que es la mentira que negocia alabando, ó la verdad negociado con la alabanza) desmintiendo la vileza de su origen con las galas de la elegancia y del decoro. Introducido en las inmundas bacanales donde las mujeres perdidas y los hombres envilecidos rinden culto al vicio, ó en los garitos donde el crimen del robo no se atenúa siquiera con los rasgos del valor ó con los inconvenientes del peligro, conoció y estudió con su vista perspicaz y escrutadora, esos asquerosos miembros de la sociedad que tienen por hospital la cárcel y por cirujano el verdugo. En una palabra, cada uno de esos eslabones que forman la cadena de la humanidad, y de los cuales el primero es el rey y el último el mendigo, fue detenidamente examinado por Quevedo en sí y en sus relaciones con los otros. De estos estudios prácticos del corazon humano, sacó por fruto el profundo conocimiento de las flaquezas y ridiculeces de los hombres, y aprendió á retratarlos con el pincel del satírico, del moralista y del repúblico.

Un talento tan universal, profundo y sazonado, halló un digno protector en el gran don Pedro Tellez Giron, duque de Osuna. Esta amistad, á que fue consecuente Quevedo toda su vida, influyó poderosamente en las glorias y en los trabajos que adularon y trabajaron despues su borrascosa existencia. Acompañando al duque de Osuna en los mas importantes períodos de sus virreinatos de Sicilia y Nápoles, debióle honrosas embajadas, espinosos cargos y delicadas comisiones; y saliendo airoso siempre de estos empeños, justificó lo atinado de la eleccion y dió motivo al que le eligió para que esperimentase los halagos del amor propio satisfecho: y pudo esto ser sin ofensa del buen juicio, por ser en los que mandan el principal acierto la eleccion de las personas que han de ser instrumentos de sus designios.

La época cuando la estrella de Quevedo lució en su mayor esplendor fue aquella en que el gran duque de Osuna, con tanta gloria como inteligencia y dicha, volvió sus armas contra la intratable república de Venecia, que, afectando ser soberana del Adriático, vió por el valor español desmentidas sus pretensiones, castigado su orgullo y descubierta su flaqueza. Diez y ocho galeones nuestros bastaron á romper la armada enemiga, en número de mas de ochenta velas; y Venecia llegó á recelar, con sobrado fundamento, que era llegado el momento de su ruina.

En la preparacion, ejecucion é importantes consecuencias de hecho tan glorioso, tuvo parte como secretario y agente del duque, don Francisco de Quevedo. Conferenció á solas con el Pontífice sobre la restitucion del Adriático; volvió á Nápoles, y despues en calidad de procurador de este reino se hizo á la vela para España, conduciendo un donativo de trece millones para el rey, y otro bastante cuantioso para el duque de Uceda, y terminada felizmente su navegacion trasladóse cerca del rey. Tuvo con este una secreta y larga conferencia; puso á su disposicion un riquísimo presente del duque, y en sus manos un despacho del mismo, donde se encarecian los méritos de don Francisco de Quevedo, encomendando el premio de ellos á la real munificencia. «Suplico á vuestra magestad (dice entre otras cosas aquel documento) mande que con toda brevedad se despache don Francisco de Quevedo, pues hasta su vuelta, lo mas que puedo hacer es ir suspendiendo estos negocios, por falta de persona que tengo de quien fiallos.» Y concluye: «Yo estimaré en lo que es justo que los que debajo de mi mano sirven á vuestra magestad, vea el mundo que yo los ayudo y vuestra magestad los premia.»

Desempeñado felizmente don Francisco de Quevedo de todos los puntos que á su habilidad se habian cometido, y condecorado el pecho con la roja cruz de Santiago, dejó á España y volvió á las risueñas riberas de Nápoles, donde fue acariciado por el duque y agasajado por la nobleza. Hasta las musas celebraron en sus dulces números, no sabemos si la *gloria* ó la *fortuna* de nuestro embajador: siendo cierto, que á estas dos deidades rinden culto los poetas; aunque de ellos sea raro

el que llega á pisar el templo de una, y rarísimo el que consigue visitar los de ambas.

Hallóse don Francisco de Quevedo en Venecia cuando en ella tuvo lugar la horrible conspiracion que costó la vida á centenares de estranjeros. Habia penetrado secretamente en aquella ciudad; y aunque la historia no arroja suficiente luz sobre este punto para poder ver las cosas con entera distincion, vislúmbrase, sin embargo, que Quevedo como agente del duque, y de acuerdo con Vedmar nuestro embajador, espiaba los achaques de aquella república, y hacia valiéndose de su sagacidad, que el duque tuviese noticia de todo aquello que pudiese conducir al logro de los grandes designios que en perjuicio de Venecia y en bien universal abrigaba. Burló Quevedo con harapos y ademanes de mendigo y con acento perfectamente italiano el propósito de los que para matarle le buscaban, los cuales le vieron y le examinaron sin conocerle, y escapó salvo de aquella terrible noche, que ocupa en la historia una de aquellas páginas que quisiera rasgar el hombre en obsequio de sí mismo. Pudo ser que esta afortunada evasion de Quevedo fuese uno de los motivos que tuvieron los venecianos para calificarle de *nigromante*. Y no puede negarse que en esto no anduvieron enteramente desatinados; pues poco menos que nigromante fue necesario ser para salvar la vida, frustrando la meditada venganza de aquel tenebroso senado. Mas ya se deja ver que aquel epíteto ridículo que, con el carácter de denigrativo, dieron los venecianos á Quevedo, forma uno de sus mayores elogios, y es la mas alta ponderacion de lo mucho que de su capacidad temian.

Redobló Venecia sus ataques contra el duque, jugando las armas de la intriga (las solas que podian serle de provecho), y no perdonó medio, por bajo y reprobado que fuese, para descomponerle con el monarca español. Inútil fue para impedir la consecucion de estos designios la venida de Quevedo á España como agente del duque. Los venecianos lograron por último lo que ansiaban; y el virey dejó de serlo, pasando á su patria donde al fin murió en una estrecha prision: obrando así el oro y la malevolencia de sus enemigos, lo que sus armas no pudieron.

Es verdad, no se justificará al duque ante el tribunal de la razon eterna de sus bizarrías en Italia, aun cuando se alegue en su disculpa el ejemplo que le daba nuestra corrompida metrópoli; pero en la razon de Estado se encuentran muy poderosas para disculparle, y para condenar como pernicioso á nuestra prosperidad y funesto á nuestra gloria un castigo, que no influyendo ni habiendo *tenido por objeto influir en la reforma de* las costumbres, sirvió solamente para ajar nuestro orgullo nacional, humillando en lisonja de nuestros enemigos (fiero oprobio) el noble instrumento de nuestros triunfos.

Hallábase don Francisco de Quevedo en Madrid cuando la llegada del duque, de cuyo lado y asuntos se habia separado, con muestras de frialdad y aun desabrimiento *por parte de este último, hacia algun tiempo*. La intimidad y buena correspondencia de que se dieron recíprocas muestras en Madrid, fue ocasion á que algunos discurriesen que aquella separacion y desabrimiento habrian sido resultado de un convenio entre los dos dirigido á deslumbrar á sus comunes enemigos.

Complicado Quevedo en la causa del duque, sufrió varios destierros y prisiones; pero antes de la muerte de este, que tuvo lugar en setiembre de 1624, se vió libre y con entrada en palacio. No se sabe á qué astro debió Quevedo este cambio de fortuna, ni cómo pasó de perseguido á favorecido. Vésele por aquel tiempo quemar algun incienso en las aras del valido don Gaspar de Guzman conde de Olivares; pero ignórase si este incienso se quemó para propiciar al magnate, ó en accion de gracias por haberlo hallado propicio. De cualquier modo que esto fuese, Quevedo siguió por entonces en buena armonía con el de Olivares. Desterrado despues en 1628, volvió á la córte por diciembre del mismo año, y se anularon sus relaciones de amistad con el privado, las cuales duraron hasta poco antes de la caida de este. Por este tiempo manifestóse Quevedo apasionado partidario del valido, defendiéndole en letra de molde de algunas providencias desacertadas. Desde este punto estuvo franca para él á todas horas la casa de Olivares, y por influjo de este, sin duda, mereció que el rey le honrase con título de su secretario.

A la verdad, mas honraron á Quevedo los venecianos una vez que tomaron la determinacion de quemarle en estátua, que estas distinciones debidas á los buenos oficios de un ministro prevaricador. Los que determinaron quemar su estátua en Venecia, estátua le levantaron en España; y los honores y distinciones que debió al de Olivares, fueron golpes dados á aquella estátua. Habla, es cierto, en defensa de Quevedo, el hecho de no haber admitido ninguno de los cargos ó destinos con que le brindaron; suponiendo, como debe suponerse, que fueron desinteresados y loables los motivos que le movieron á preferir su permanencia en la córte y su entrada en palacio á aquellos cargos y destinos: pero no por esto me parece puede eximírsele de toda culpa. Apoyar con su *pluma los desaciertos del funesto valido*, cuyas malas artes ya conocia, y autorizarle con su amistad, aunque esta solo fuese aparente, son cargos de que no es fácil defenderle. Los beneficios y distinciones que debió al de Olivares, ó fueron el premio de su cooperacion ó de su aquiescencia; y en cualquiera de estos dos supuestos es reprehensible (aunque no en un mismo grado), por haber empleado sus talentos y crédito en perjuicio de su patria, ó por no haberlos empleado en defensa de ella.

»Al fin hombre: nacido
De mujer flaca, de miserias lleno.»

Esta me parece la mejor defensa de Quevedo: ¡dichoso el que, sin contradecir á su conciencia, pueda afirmar á los demás, que estos dos versos no se escribieron para él!

Por este tiempo lució Quevedo como cortesano, amenizando con sus chistes y con los picantes rasgos de su pluma el brillante círculo cuyo centro era Felipe IV, y tomando parte en los festejos privados que con tanta magnificencia y gusto sabia disponer Olivares: cebaban al Monarca en los placeres para alejarlo mas y mas de las gradas de su trono, de que era arrendatario Olivares.

Las contínuas sátiras de Quevedo al estado del matrimonio, sus sangrientas pullas á los casados, y sus malicias dirigidas á desacreditar las virtudes del bello sexo, dieron ocasion á que contra él se tramase una discreta y graciosa conspiracion en que tomaron parte las damas de palacio y de que fue gefe doña Inés de Zúñiga, condesa-duquesa de Olivares. El principal objeto de esta conjuracion era que don Francisco de Quevedo, que ya contaba mas de cincuenta años, abjurase de sus antimatrimoniales doctrinas y diese su cuello, en penitencia de sus pasados errores y en prueba de su conversion sincera, al santo yugo del matrimonio. Defendió nuestro poeta palmo á palmo el terreno de su independencia. Nunca sonó con tanta furia el bronco cuerno de que se servia el veterano campeon de los célibes para convocar y animar al combate sus temibles y espugnadoras huestes.* Espeluznaronse de terror los casados; lloraron, perdida su esperanza las solteras, acompañándolas en su sentimiento (aunque por muy diferente motivo) los curas y sacristanes; palpáronse las *vírgenes dudosas de su existencia ó recelosas de las* infernales artes de birli birloque; y es fama que Himeneo lo tenia ya todo dispuesto para trasladarse de España á Turquía.—Afortunadamente no llegaron las cosas á este estremo. Amor tomó por su cuenta reducir á razon aquel vasallo poderoso y rebelde; y valiéndose del duque de Medinaceli, dió encargo á Quevedo cuando salió acompañando al Rey en la jornada de Cataluña *(por abril de 1632)* de visitar á *doña Esperanza de* Aragon y la Cabra, señora de Cetina. Cumplió este encargo nuestro poeta, y desde entonces dejó de ser apóstol del celibato. Envasóle Amor una flecha de tres palmos, y redújole á rendir su cuello al santo yugo del matrimonio.

Qu'à ce commun filet les railleurs même pris
Ont ele très souvent de commodes maris.

Espero que el lector me perdonará benignamente este estravío, si considera que las circunstancias que precedieron y dieron lugar á los amores de un hombre de mas de cincuenta años, de no muy ligeros piés, y el mas encarnizado enemigo del matrimonio, no han podido tratarse convenientemente sin algo de frivolidad.

Solo ocho meses vivió Quevedo con doña Esperanza en Cetina; y hallándose ausente de ella en la torre de Juan Abad, cuyo señorío (que se ignora si heredó ó adquirió) se le disputaba, recibió la triste nueva de haber quedado viudo.

Casado, procuraron sus enemigos hacerle odioso á su esposa, dando á esta los mas siniestros informes, y despues de viudo, aseguraron que en poco tiempo habia pagado muchas culpas y sufrido todos los inconvenientes que del estado del matrimonio con tanta mordacidad habia pintado.

Oprímese el corazon al considerar que tan bajos sentimientos puedan caber en el hombre, y resístese el espíritu á creer que el deseo de venganza pueda conducir á tan criminales medios. Ningun motivo alcanza á justificar, ni aun á disculpar tan diabólicas maquinaciones; pero lo que no admite justificacion ni disculpa, puede sin embargo admitir esplicacion, y á esto nos dirigimos.

Causa disgusto ver el gran número de encarnizados enemigos que tuvo Quevedo, y que de los hombres de letras que en su tiempo florecieron en España, muy pocos fueron los que no se contaron en aquel número. No se duda que á esto pudo en gran parte contribuir el mismo mérito de Quevedo; pues á la verdad, aunque en alguna que otra seccion de las letras no ocupó el primer lugar en su época, no tiene duda que ninguno pudo con razon jactarse de juntar á un talento tan universal, un caudal tan grande de erudicion y doctrina. Mas esta circunstancia, que tanto honra á Quevedo, no basta por sí sola á darnos razon del implacable odio que la mayor parte de los escritores sus contemporáneos le tuvieron; y afirmar lo contrario, sería afirmar que de la superioridad de un escritor es consecuencia forzosa el aborrecimiento y odio de los que le son inferiores, lo cual, afortunadamente, no es exacto. La ciencia y el talento de un individuo no sublevan contra él las malas pasiones, sino cuando queriendo sobreponerse á los demás, les aja su dignidad hiriéndoles el amor propio. Quevedo tuvo muchos enemigos, porque no quiso ó no pudo templar con la prudencia los ímpetus de su carácter duro y fogoso. Por otra parte, en sus sátiras mas bien se descubre la complacencia en exasperar los viciosos que el deseo de corregir los vicios. No se contenta con herir, complácese en enconar la herida; no le basta vencer, aspira á humillar; no le satisface derrotar, gózase en el esterminio. Algunos momentos de su vida nos darán á conocer su carácter.

Hallanse Quevedo y gran parte de los mayores señores de la córte en casa del conde de Miranda, presidente de Castilla: es de armas y letras el asunto de aquel brillante concurso; y discúrrese acerca de un tratado de esgrima que habia publicado don Luis Pacheco de Narvaez, maestro de aquel arte. Niega Don Francisco de Quevedo una de las conclusiones de aquel tratado, que afirma que un cierto acometimiento no tiene reparo ni defensa. Don Luis Pacheco, que presente se hallaba, arguye, como es natural, en favor de sus líneas y ángulos. Dividense los pareceres de los circunstantes, esfuerza el suyo Don Francisco de Quevedo con mas calor, y ya por fin montando en cólera provoca á Don Luis Pacheco á que le pruebe con las manos lo que le quiere y no puede demostrar con las palabras. Rabia el concurso porque se amenice tan árida y abstracta cuestion con un poco de esgrimidura. Procura Pacheco prudentemente conservarse en el terreno de sus teorías: sale por fin al de la práctica, y desgraciadamente para él

Arremángase Quevedo,
»y viene, y toma, y que hizo,
sino vase, y llega, y zas,
que lo quiso, que no quiso.»

Cayó pues á tierra el sombrero del docto Pacheco, y Quevedo, no contento con haber vencido y afrentado á su contrario, quiso freirlo en aceite; y volviéndose al concurso, *hízole* reir á costa de su pobre víctima con este punzante chiste: «Probó muy bien don Luis que su acometimiento no tiene reparo ni defensa, que á tenerlo, nunca yo le pegara.»

Cierta monja, movida de la fama de don Francisco de Quevedo, y queriendo (acaso para examinar las relaciones que existen entre lo moral y lo físico) ver una persona que tanto le habian celebrado, consiguiólo por *fin. Habló la monja largamente, solicitando* y esperando sin duda granjearse la opinion de discreta, y quiza de erudita (que tambien á las monjas las tienta el diablo por ahí) con un hombre como nuestro don Francisco. Mas este, que nunca gustó de monjas ni de frailes, mantuvose callado; y tanto se mantuvo, que hizo esclamar á la monja, ya impacientada de ver la indiferencia y frialdad de Quevedo: «¡Es este el que tanto me *habian celebrado!*» «Señora (*respondió* gravemente nuestro empedernido poeta); no acostumbro á trocar mis escudos por chanflones.» Ya se ve que esta respuesta es dura, y mas que dura, dirigiéndose á una señora, monja y deseosa de comunicacion. Parécemeadivinar el pensamiento del lector: «Sería vieja ademas de fastidiosa.» Yo confieso sin violencia, que esta oportuna observacion atenua mucho, mirado este incidente bajo un cierto punto de vista, el cargo que hacemos á Quevedo; pero no basta á justificarle enteramente: deben respetarse, las jóvenes por lo que son, y las viejas por lo que son, y por lo que han sido, y por lo que pueden ser.

Frecuentaba don Francisco la casa de un canónigo que tenia una ama fresca, entremetida y, en el sentir de Quevedo, holgazana sobre toda ponderacion. Nuestro autor en calidad de severo moralista y enemigo de la ociosidad, quiso dar una leccion al canónigo, y dióselá, remitiéndole para que se las endosase á su ama, unas cuantas libras de cáñamo. Claro es que esto fue mandar á hilar al ama y (lo que es mas terrible) al canónigo; y..... ¡«Muy bien hecho!»—Poco á poco, señor lector; y sírvase usted no interrumpirme, antes escucharme con su acostumbrada benignidad.

Yo concedo, que en cuanto á la frescura y entremetimiento del ama, no pudo equivocarse Quevedo por ser cosas ambas que se ofrecian á su vista; mas en cuanto á lo ociosa, pudo muy bien equivocarse. ¿Podia por ventura don Francisco de Quevedo saber mas en lo concerniente á si las ocupaciones del ama eran bastantes á proporcionarla los beneficios del canónigo que el mismo canónigo que dentro de su casa la tenia? Por haberla visto algunos ratos ociosa ¿tenia derecho para juzgar que de la misma manera lo estaba todas las horas del dia y de la noche? Pues qué ¿ha de ser todo trabajar? ¿no ha de aflojarse alguna vez el arco? Concluyamos: el regalo fue ofensivo al canónigo y á su ama, y omitirlo hubiera sido lo mejor, porque hubiera sido ahorrar dineros y no perder amigos.—Estos rasgos que á fin de que no resulten muy gruesos, hemos trazado sin apretar la pluma, son ya suficientes para darnos el perfil de la tisonomía moral de Quevedo.

Si en el trato comun debió de granjearse pocos amigos un hombre de condicion tan poco dulce, menos debió de tener entre los hombres de letras que de cerca le

(*) Léase su sátira al matrimonio.

trataron. Avaro de los elogios para ensalzar el talento ó premiar la virtud, casi nunca los tributa sino movido por el interés ó apremiado por las circunstancias. Ni una vez, que yo recuerde, cita en sus obras al P. Mariana, á cuya ciencia y virtud tanto debia. Viviria Quevedo en la memoria de los hombres por solo el cariño que le profesó Cervantes y las alabanzas que le tributó: y Cervantes hubiera sido presa del olvido, si su pluma no le hubiera desagraviado de la ingratitud de Quevedo.

Lo que tuvo de avaro en los elogios, tuvo de pródigo en las censuras. Su crítica es sólida y acertada, pero acre, y que solo se dirige á los defectos haciendo abstraccion de las bellezas: en lo que hablaba tenia razon, en la manera de hablar y en lo que dejaba de hablar, no.

No es sin embargo de Quevedo el retrato que de él hicieron sus enemigos. Atacaba, es cierto, con rabia y algunas veces sin razon ó por leves causas; pero nunca á traicion. Se vengaba con la espada ó con la pluma, porque con la misma habilidad manejaba aquella que esta; pero el convencimiento de sus propias fuerzas, nunca le dejó discurrir en medios bajos y rastreros. De estos echaron mano, ciegos de envidia y furor, sus cobardes enemigos, y por esto la posteridad se ha puesto de parte del agresor valiente, y ha condenado á los que no supieron defenderse sino con las armas de la intriga y de la calumnia.

En la privanza de todo ministro que haciéndose absoluto dueño de la confianza de su rey abusa de ella, existe un período en que los esfuerzos que tiene que hacer para conservarse en su puesto son mas violentos y desesperados. Cuando el grito unánime del pueblo condena la conducta del hombre por cuya torpeza é insaciable codicia se ve pobre y envilecido, entonces el privado quiere conjurar su perdicion sufocando el grito unánime de la indignacion pública. Mas para conseguir este infernal propósito, le es forzoso valerse de medios maquiavélicos é infames, á fin de que designados con el nombre de *malcontentos* los que lamentan los males de su patria, y con el de *traidores* los que aspiran al remedio de aquellos males, pueda la iniquidad con el nombre de justicia castigar á los hombres de bien y beneméritos con el nombre de delincuentes.

Este fatal período atravesaba el conde-duque de Olivares, por cuyo cuidado y artificio, ó no llegaban á los oidos del monarca las quejas y clamores de sus súbditos, ó llegaban, perdida su verdadera significacion, convertidos en gritos sediciosos y desacatos á la magestad. Y sin embargo, el mal aun no habia llegado á su colmo. Hasta aquí peleaban los opresores con los oprimidos, aunque con armas desiguales; pues aquellos asestaban á mansalva los agravios, y estos apenas podian servirse de la queja. Mas consiguió por fin el sórdido ministro, se hallase Felipe IV rodeado de una atmósfera de adulacion y de mentira, al través de la cual nada podia pasar que le revelase el deplorable estado á que España se hallaba reducida.

No se tenga por importuna esta breve digresion en que al parecer nos hemos desviado de nuestro asunto. La situacion política que hemos apuntado dió ocasion á que don Francisco de Quevedo sufriese, abrazando la causa de los que se esforzaban por derrocar al valido, una cruel y prolongada prision, de cuyas resultas murió poco despues. Este período de su vida es el que mas le honra, por lo justo de la causa que abrazó, por el valor que tuvo para abrazarla, y por la estóica entereza con que sufrió las terribles consecuencias de haberla abrazado.

Felipe IV va á sentarse á la mesa y halla en ella un *memorial* en verso en que se lamentan los males que sufre la nacion y se pide respetuosamente el remedio de ellos. Esto tiene lugar en uno de los primeros dias de diciembre de 1639, y en la noche del 7 es preso don Francisco de Quevedo en su mismo cuarto con todas las precauciones y rigor que se pudieran haber empleado con el mas peligroso reo de Estado, y con toda la crueldad de que se pudiera haber usado con el mayor facineroso. Túvosele por autor del *memorial*, y este era su mayor delito.

Conducido al convento de San Marcos de Leon, permaneció allí preso hasta que despues de la caida del conde-duque de Olivares, decretó el rey su libertad por junio de 1643. Debe sin embargo notarse, que mediaron cuatro meses entre aquella caida y la libertad de Quevedo, siendo causa de ello la prevencion que contra este abrigaba el rey. Por manera, que á no haber sido por los buenos oficios de don Juan Chumacero y Sotomayor, presidente de Castilla, probablemente nuestro autor hubiera salido de su encierro para el sepulcro.

Los trabajos que padeció don Francisco de Quevedo en esta larga prision fueron tan grandes como pudo decretarlos el odio y soñarlos la crueldad y la venganza. Dos pares de pesados grillos dificultaban su movimiento, y encerrado en una estrecha y húmeda prision se vió precisado á cauterizar con sus propias manos sus cancerradas heridas.

Este período, ya lo hemos dicho; es el mas interesante de la vida de don Francisco de Quevedo. Su mayor enemigo fue siempre su naturaleza indómita y vigorosa, y quebrantadas y casi agotadas sus fuerzas corporales por lo intenso y prolongado de los sufrimientos, dejó su alma de ser esclava, y pasando á ser señora, pudo ya Quevedo colocarse entre aquellos célebres varones que nutridos con la doctrina del inflexible Zenon admiraron al mundo por su fortaleza. Esto nos da la clave para poder descifrar ese carácter contradictorio de nuestro autor y de sus escritos. Así se comprende cómo el cínico era estóico; el satírico mordaz moralista sublime; y por qué el que tan profundamente comprendia é interpretaba la doctrina de paz del Evangelio, desnudaba su espada por la mas leve ocasion.

Libre al fin Quevedo, pasó á Madrid su patria, donde permaneció cerca de año y medio; pero abrumado de males y desengaños, pasó á la torre de Juan Abad, y poco despues á Villanueva de los Infantes donde murió en 8 de setiembre de 1645. Fue sepultado en la iglesia parroquial en la capilla de los Bustos.

El nombre de Quevedo escita en las personas que no han estudiado con detenimiento sus obras, la idea de un hombre jovial y decidor, siempre dispuesto á reir y á hacer reir; pero el que las estudia con mas cuidado, descubre debajo de aquella apariencia de buen humor un alma rebosando hiel. El chiste de Quevedo es producido por los esfuerzos de su espíritu para distraerse ó separarse de la consideracion séria de las miserias humanas: de una manera semejante vemos con frecuencia algunos hombres que abrumados por un grande infortunio se entregan á la embriaguez, queriendo así embotar lo agudo de sus morales padecimientos. La síntesis de este carácter está hecha de mano maestra en esta quintilla.

Risas hay de Lucifer,
Risas preñadas de horror:
Que en nuestro mezquino ser,
Como su llanto el placer
Tiene su risa el dolor.

Fue Quevedo muy diestro en el manejo de las armas; y como no evitó las ocasiones de servirse de su espada (en lo cual no hizo mas que seguir la costumbre de su tiempo), dió y recibió muchas heridas. Por esto dice dirigiéndose á una dama:

No es de tu avara condicion mi frente,
Que es larga y blanca con algunas viejas
Heridas, testimonio de valiente.

Hasta la casualidad contribuyó á dar celebridad al nombre de Quevedo ofreciendo á este un lance peligroso y épico y sacándole de él con toda felicidad. Yendo una noche por la calle oyó á distancia gritos de personas y ladridos de perros; crecen acercándose los gritos y ladridos, y en ellos reconoce nuestro poeta los acentos del terror que avisan del peligro. Desnuda su espada y cúbrese con su adarga, en la que hace presa una pantera que se habia escapado de su jaula; arroja Quevedo el arma defensiva y mata á estocadas la sangrienta fiera. Pronto se vió rodeado de personas que le aplaudian con demostraciones de admiracion y afecto.

(Se continuará.)

ZACARIAS ACOSTA Y LOZANO.

EL BUEN RETIRO.

Mi querida esposa: consecuente con la promesa de escribirte todos los dias, lo hago hoy sin ninguna tuya á que referirme y sin cosa nueva que contarte respecto del estado de mis pretensiones. En cambio seguiré mi relacion de todo lo que veo y hago en esta villa y córte, donde el tiempo y el dinero se van como agua y las palabras se deshacen como el viento.

Pues, señor, esta mañana me levanté á las siete y me dirigí á casa de mi primo, decidido á echarle una buena filípica por su morosidad en colocarme, pues dicen que van á cerrar las Cortes y no es cosa de que yo me quede á la luna de Valencia, despues de los gastos y molestias que me ha ocasionado este viaje. Llegué, y como siempre, me recibió un ayuda de cámara muy fino, el cual me dijo que mi pariente acababa de acostarse y que no podia verle; pero que le habia dejado encargado que cuando yo fuera, (porque he de advertirte que estábamos citados para aquella hora), me diese una papeleta de entrada en lo *Reservado del Retiro*, á fin de que aprovechase el madrugon disfrutando un placer tan inocente.

Del mal el menos, me dije y tomé la papeleta, ofreciendo volver á las doce en punto, con lo cual salí á la calle y me dirigí á un señor de bastante edad y equívocamente vestido que tomaba el sol en la puerta de un estanco.

—Dígame V., amigo, le interpelé; ¿por dónde se va al Buen Retiro?

El hombre me miró, acabó de liar su cigarro, se lo puso en un lado de la boca, y con el otro lado me contestó:

—¿Sabe V. al *Dos de Mayo*?

—No, señor...

—Pues bien, mas allá del *Dos de Mayo* está el *Buen Retiro*.

—¿Cómo? pregunté yo algo amostazado.

—¿Es V. forastero? replicó el abuelo encendiendo un fósforo.

—Ya lo ve V., le respondí, dando un paso para irme.

—Espérese V. hombre, esclamó el viejo acabando de encender el cigarro.

—¡Conque V. quiere ir al Retiro! No tengo inconveniente en acompañarle.

—No se moleste V....

—¡Qué! no... A mí me da lo mismo. Voy todas las mañanas.

—Pero...

—Nada .. no me incomodo... Conque V. ha venido á Madrid... ¿á cosas suyas?...

—Sí, señor.

—Ya lo suponia yo... Pues mucho cuidado! .. Que aquí...

A todo esto íbamos andando ya codo con codo, como dos compadres.

—Aquí hay mucha picardía, segun me han dicho, añadí yo.

—¡Mucha! Yo estoy cesante hace veinte y cinco años... desde la muerte del rey absoluto...

—¿Cómo se llama esto? le interrumpí yo.

—Este es el *Dos de Mayo*.—Pues como decia...

—Aquel será el Retiro... volví yo á interrumpir.

—Sí, señor: si quiere V. tomar leche de vacas vista ordeñar, entre V. aquí.... á la derecha.

—No, gracias; he tomado chocolate.

—Yo no tomo nada por las mañanas, replicó mi nuevo amigo. Por la noche, antes de acostarme...

—¿Cómo se llama esta plaza? interrumpí yo de nuevo.

El hombre me miró de soslayo, como desconfiando de mis cualidades de oidor.

Esta es la plaza de la Pelota, respondió por último; llamada así porque en ella se ejercitaba en este juego el rey Felipe IV, fundador del Buen Retiro; pero el verdadero juego de pelota estaba en ese mismo local que hoy es iglesia.

—Si V. con sus relaciones pudiera hacer que me colocaran en...

Yo no pude oir el fin de la frase, sorprendido con la magnífica perspectiva del Paseo de las Estátuas.—Figúrate, esposa mia, una estensa calle de árboles, adornada de colosales esculturas, encerradas entre un laberinto de bosques y jardines; fresca y perfumada como no hay otra en Madrid,... bien que en Madrid ni tan siquiera la hay que esté limpia y sea viable.

—¿Qué representan estas figuras?

—Reyes de España.—¿No lo ve V.?

—En efecto, tienen el nombre en el pedestal; pero yo.

—Mire V.—Este es *don Recaredo*...

—¿Cómo don Recaredo? Yo creia que en ese tiempo todavía no se daba *don* á los reyes.

—Preocupaciones de lugar... y sino, aquí tiene V. á don Suintila.—¡Son unas magníficas esculturas!

—Hombre, yo no las hallo tan buenas...

—¡Oh! Es que su mérito consiste en el parecido.

—Eso es otra cosa...

—Si hubiera V. madrugado mas, habria disfrutado de la vista de las muchachas mas hermosas de Madrid, que vienen aquí por este tiempo, al amanecer, á beber agua de la fuente de la Salud. Tras ellas llegan sus novios, y en pos de estos sus rivales, con lo que se arma una de miradas, suspiros, emboscadas, sorpresas y otras cosas que los viejos como yo nos morimos de tristeza.—Mire V., cuando yo estaba empleado, solia venir con mi mujer...

—¡Oh!... magnífico estanque.... ¡Caramba! ¡Esto es delicioso! esclamé yo cortando de nuevo la biografía de mi lazarillo.

Arrancábame estas esclamaciones la contemplacion de una imponente llanura de agua, tan grande como seis veces la plaza de ese pueblo, rodeada de una verja de hierro y henchida de patos y peces de colores. En torno de él recortan el horizonte gigantescas masas de árboles, sobre los que se destacan las líneas graciosas de un embarcadero y de una hermosa fuente egipcia. Para mí, que no he visto el mar, el estanque grande del Retiro fue un espectáculo embelesador: la vista se esplaya en aquel cielo movible, que reverbera al sol, como un banco de esmeraldas y zafiros; y la armonía del azul brillante de las ondas con el verde oscuro de las arboledas y el turquí purísimo del aire forma un cuadro tan peregrino, que en verdad vale la pena de ser mirado.

—Parece que le gusta á V. el estanque, esclamó mi compañero.

—Ya lo creo... respondí. Estas serán las cuatro capillitas de que habla Alejandro Dumas...

—¿Qué capillas?

—Las que hay en los cuatro ángulos de la verja, para que los paseantes oigan misa los domingos.

—¡Quite V. allá! Si son norias.

—¿Norias?

—Sí, señor: solo que por el buen parecer, las han encerrado en esos casones, á fin de que no se vean las mulas que hacen girar á la rueda...

—¡Pues es verdad! ¡Miren el señor Alejandro Dumas y cómo miente á destajo!..

—Por aquí se va á la casa de fieras, que está abierta todos los domingos por la tarde. ¡Oh! es una diversion venir á ver á los forasteros, como V., que se quedan con la boca abierta delante del oso y del avestruz...

Diga V. el rugido del leon... Bien que V., con esa papeleta, puede entrar por el otro lado. Sígame V. Esta se llama la fuente de la China... Aquí habia una magnífica fábrica de porcelana que nada tenia que pedir á las del estranjero, pero los ingleses, cuando vinieron á protegernos contra Napoleon, la destruyeron completamente, á fin de que les compráramos á ellos sus jarros y sus soperas.—¿Qué es eso? ¿está V. cansado? ¡Ah! el Retiro es inmenso y tiene mucho que ver. Apenas lleva V. la cuarta parte. Mire V., desde aquí se ve el ferro-carril del Mediterráneo. Ese silbido anuncia que va á partir un tren... ¡Eh! ¡Qué hermoso va!—Yo tengo un hermano en Albacete...

—¿Y aquel castillo que se ve allá?... ¿quiere usted decirme qué es?

—Era una gran torre construida para telégrafo óptico; pero no sirvió de maldita la cosa por estar mal situada, ¡cosas de este país!

Poco tiempo despues llegamos al *Parterre*.

El Parterre es un jardin á la moderna, con árboles recortados y adornos de un gusto pésimo, pero que ofrece un conjunto muy agradable, sobre todo desde un mirador que hay sobre él. Descúbrese desde allí una gran parte de la coronada villa y algunos árboles sembrados acá y allá, alguna chimenea, dos cúpulas detestables y perdóneme V. por Dios.—Sin embargo, te repito que es cosa digna de verse.

—Aquí vienen á jugar por las tardes mas de mil niños de las familias mas acomodadas de Madrid, vestidos con trages de todas las épocas, y arman tal algarabía que le juro á V. que á los viejos se nos cae la baba mirándolos!—Cuando yo estaba empleado, venia aquí con mi Juanito...

—¡Ah! ¿se llamaba Juanito? esclamé yo. Pues es menester convenir en que el Retiro es una gran cosa, á lo menos comparado con el resto de la gran metrópoli. Aquí se encuentra todo lo que falta en Madrid.—Gracia, fecundidad, agua, flores, perfumes, hasta pájaros!..... Era cosa de venirse aquí todas las mañanas, todas las tardes, todas las noches...

DON FRANCISCO DE QUEVEDO.

—Cuidado con eso... De noche no se puede entrar.—Me acuerdo que una vez, cuando yo estaba...

—¡Ah! cuando estaba V.... Dígame V., ¿qué es esto?

—Ese es el salon de Próceres... edificio de mucha historia. Pero por andar de prisa, se ha dejado V. atrás el estanque de las campanillas, que es muy precioso... ¡todo de estilo chinesco! Tampoco hemos visto el salon de los Reinos, hoy Museo de Artillería, donde antiguamente se reunian las Cortes en casos muy graves. Aquel que ve V. allí es el palacio de San Juan, habitado casi siempre por el infante don Francisco.—Pero volviendo al salon de Próceres, le advertiré á V. que antiguamente era teatro: en él se representaron las mejores obras de Calderon, Lope y Moreto, en vida de estos señores: despues ha sido gabinete topográfico; en seguida estudio de algunos artistas y ahora es guarida de la estátua de Mendizabal.

—¿Cómo? ¿Está ahí?

—Sí, señor. Ahí espera. Pero vamos á otra cosa. Aquí cerca se halla el observatorio astronómico que acaba de construirse, el cual es muy bueno. Hay en él un telescopio que no reconoce hasta hoy ninguno que lo aventaje, si se esceptua uno que poseen los rusos. Este es el único observatorio de Europa desde el cual se ha podido estudiar el último eclipse de sol, anunciado ya por nuestros astrónomos en un folleto, con su demostracion, que admiró mucho á los señores estranjeros; y aun hoy mismo los gabinetes de esas naciones que nos llaman africanos están nombrando sus comisiones para que conferencien sobre el particular con la gente de nuestro observatorio. Como V. ve..... *Aliquid chupatur!* Siquiera nos respetan por esta parte.

—Supongo, dije yo, que esos gabinetes no serán ni el gabinete de San James, ni el de las Tullerías...

—No señor, contestó mi acompañante, son sencillamente gabinetes astronómicos.

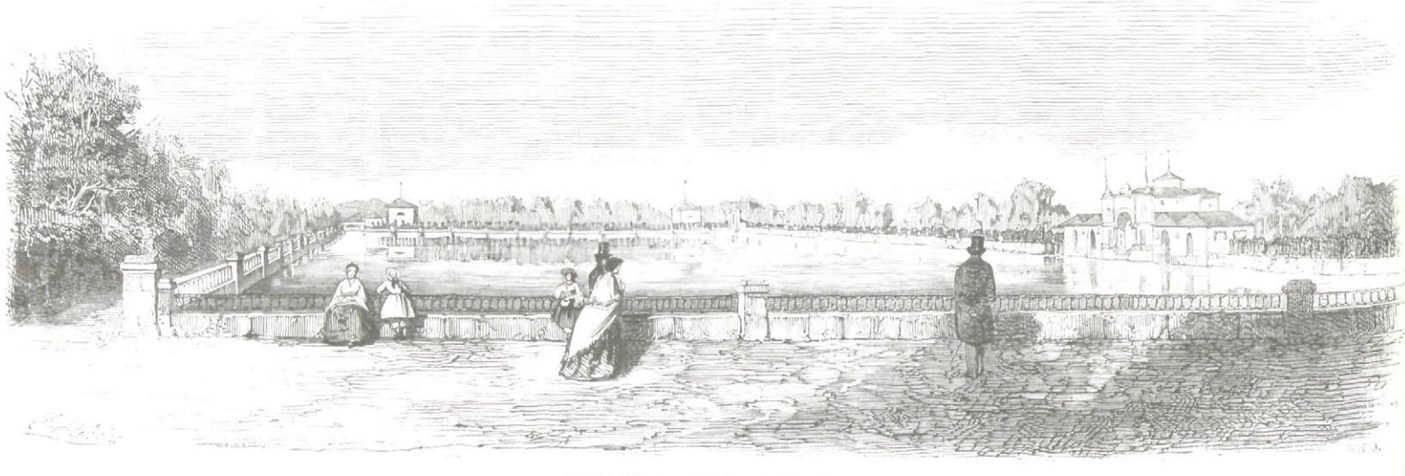
—Muy enterado está V. de ciertas cosas...

—Yo lo creo. Yo fuí empleado en...

—Malo, dije para mis adentros.—Este hombre es intratable.—Vamos á *lo reservado*.—Continué volviéndole la espalda.

—Vamos, pues, replicó mi guia sin darse por ofendido.

Mientras rodeamos para llegar á *lo reservado*, fuí yo



ESTANQUE GRANDE DEL BUEN RETIRO.

pensando en aquel estravagante *cicerone* que me habia deparado la casualidad, y no pude darme cuenta exacta de qué clase de pájaro podria ser. No lo estrañes, Mariquita; pero hay en este Madrid seres incomprensibles á quienes no es dado hallar la embocadura, puesto que han hecho diez ó doce vidas distintas. Aquel hombre parecia un erudito fastidiado, un cómico de reemplazo, un inválido de la milicia, un ladron, un mendigo... qué se yo! Era una existencia de Madrid y con esto te lo digo todo. Yo le dejaba hablar, que habló mucho, sin oir mas que lo que me interesaba. Si pudiera recordar todo lo que dijo, indudablemente resultaria una enmarañada historia compuesta de capas como los ojaldres, pero de capas diversas como los cerros de un terreno de aluvion.

Llegamos á los jardines reservados. Llamóme la atencion la *Montaña artificial*, en cuyo centro hay una rotonda y en su cúspide un bonito observatorio. Hállase vestida esta montaña de árboles y flores como aquellas colinas que sustentan la Alhambra por la parte del Darro, y á su pié hay una pequeña ría llena de peces y gansos de riquísimo plumaje. La *Casa rústica* me pareció tambien muy notable, así como la del *Pobre*, la del *Pescador* y la del *Contrabandista*. Toda esta parte del Retiro recuerda y representa á la imaginacion el reinado de Fernando VII, como que este rey fue quien la pobló de tantos caprichosos juguetes y abigarradas invenciones. Mas para nosotros los forasteros, y muy especialmente para las mujeres y los niños del lado acá del Pirineo, aquellos gabinetes persas y chinos, aquellos autómatas que les saludan, aquellos jardines llenos de *lances* y sorpresas, son una cosa inolvidable y maravillosa que se complacen luego en contar en su pueblo á todo vicho viviente, no sin escitar en su espíritu la envidia y la admiracion.

Pero con estas y con las otras ya picaba el sol; eran

las diez; yo estaba mareado y tenia el chocolate en los talones, como suele decirse. Mi compañero habia desesperado de contarme sus aventuras; esto es, de que yo las oyese. Despedíme de él en la puerta del Retiro que está cerca de la de Alcalá, y allí fue mi sorpresa.

Aquel sabio, aquel artista, aquel filósofo, aquel crítico, aquel caballero recien afeitado, vestido de limpio y portador de un frac mas ó menos católico, me tendió la mano diciendo:

—¡Qué gracias ni qué demontre! Deme usted lo que sea su voluntad.

Es decir que me pedia limosna. Díselа sin vacilar, aunque penetrado de asombro, y me alejé del Buen Retiro, pensando en muchas cosas. Recordaba sobre todo aquella frase de Byron, en la *Prometida de Abydos*, cuando elogiando las islas de la Grecia, dice: *Allí donde todo es bello... menos el espíritu del hombre...* «Yo lo repetia de esta otra manera: *Aquí, donde todo es tan mezquino como el espíritu del hombre...*

Adios, Mariquita. Van á dar las doce y me dirijo casa del primo á ver si se ha levantado. Tuyo hasta la muerte.—Juan.

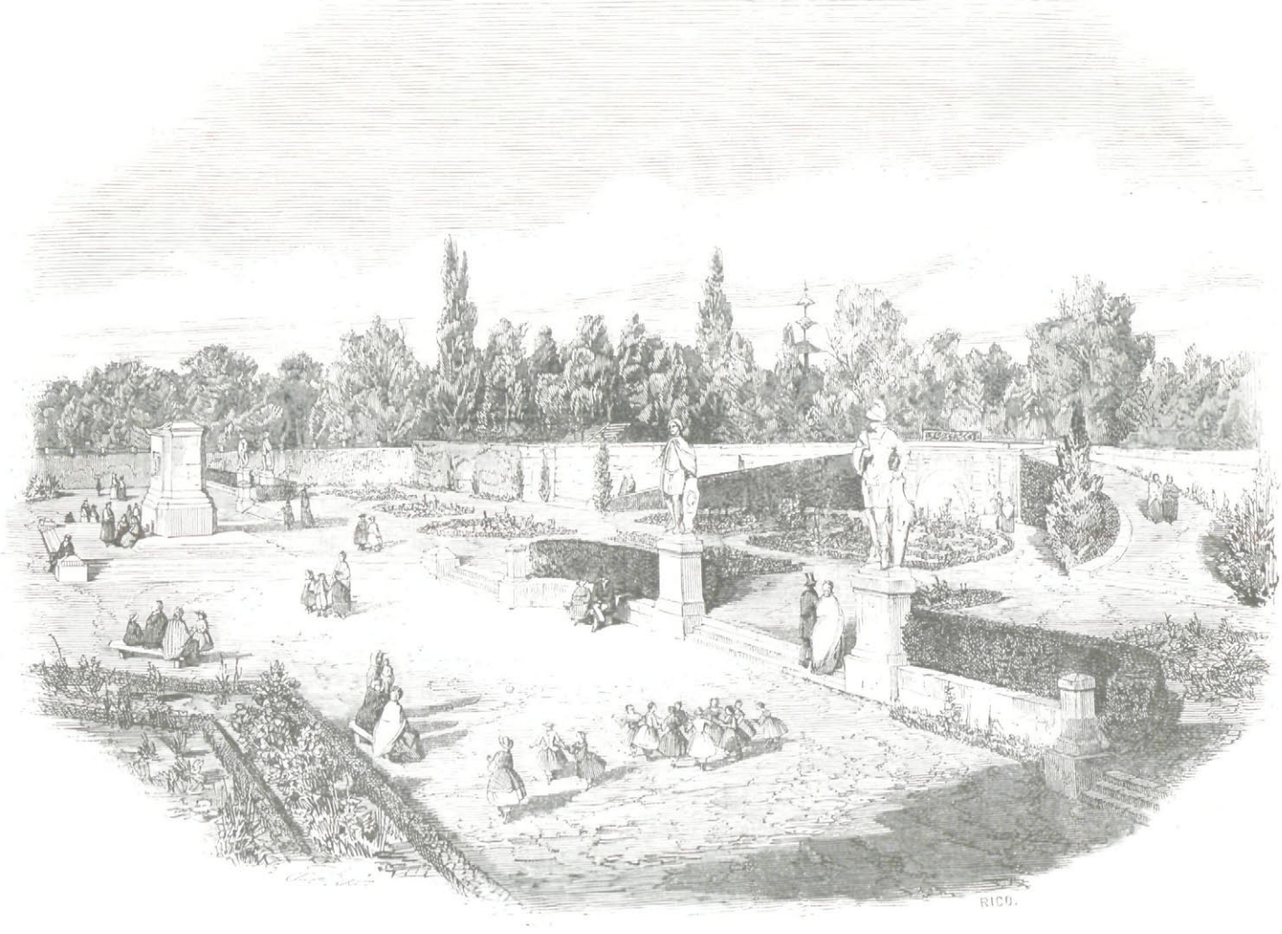
Es copia.

P. A. DE ALARCON.

MONTAÑA RUSA EN EL BUEN RETIRO.

EL TELESCOPIO.

El *Museo Universal* en el primer año de su existencia dejó consignadas en sus columnas las tres trascendentales invenciones que mas honran al ingenio del hombre y que mas han contribuido y seguirán contribuyendo al desarrollo de la civilizacion en el globo. Con toda la estension que permiten á estudios de esta naturaleza, los límites y el carácter de un periódico, en el *Museo Universal* está trazada la historia de la tipografía, del vapor y de la telegrafía eléctrica. Pero estas invenciones, á las cuales ninguna otra escede seguramente en importancia, no son las únicas conque se ha revelado la penetracion hu-



PARTERRE DEL RETIRO.

mana, ni las únicas tampoco en que se apoya la humanidad en su marcha ascendente. Otras muchas son las que han servido al hombre para dilatar sus horizontes, y vivir mas, si asi puede decirse, en el tiempo y en el espacio. De todas nos iremos haciendo cargo sucesivamente, empezando por el telescopio, por ese ingenioso *instrumento con cuyo auxilio ha practicado* la astronomía sus mas atrevidas escursiones.

Desde el momento que los físicos comprendieron que era mas fácil interpretar que adivinar la naturaleza, tomaron las ciencias físicas su verdadero punto de partida. Al mismo tiempo que se empezaron á observar debidamente los fenómenos de su creacion, se idearon métodos que fijaron con toda exactitud las condiciones de estos fenómenos capaces de ser apreciadas. Pero muchas de estas eran inaccesibles á los medios de que la Providencia ha dotado al hombre, y este por la conviccion misma de la pobreza de sus recursos, se condujo á la invencion de instrumentos que le dotasen de otros mas poderosos. La mayor parte de los aparatos físicos revelan al mismo tiempo que el ingenio humano la escasez de sus medios naturales.

Hay una multitud de objetos de tan breves dimensiones, que no podriamos percibirlos sin aumentar la multitud de las imágenes que los representan en el globo del ojo. Pero este aumento requiere un artificio particular, requiere instrumentos que son los designados bajo el nombre de *microscopios*, de los cuales ni hariamos mencion sino debiésemos considerarlos como los rudimentos ó precursores del *telescopio*, que es el objeto de este artículo.

Una reseña preliminar de las evoluciones que describe la luz al atravesar distintos medios, es indispensable para conocer el mecanismo del telescopio y las modificaciones que hace esperimentar á la luz y á los objetos sometidos á su accion para cumplir su fin importantísimo. El que ha saludado la dióptrica sabe que muchas *veces no llega al aparato de la vision de que nos ha dotado* la naturaleza, la luz que pinta en él la imágen de los objetos esteriores, sino despues de haber hallado en su paso obstáculos que la obligan á dejar la direccion rectilínea que tiene naturalmente. De aquí los fenómenos conocidos en física con el nombre de reflexion y refraccion, fenómenos de que se derivan otros muchos, pues ya colocan aparentemente los objetos en un lugar distinto del que ocupan en realidad, ya aumentan ó disminuyen su aspecto óptico, ya en fin, modifican al parecer su aspecto propio, presentándolos bajo una forma ó un color que no son los suyos. Nunca se comprenderia el *telescopio sino se comprendiesen los fenómenos de* la vision cuando esta se verifica atravesando cuerpos que dejan pasar la luz.

Los telescopios deben su utilidad á la propiedad que tienen de perfeccionar la vision y descubrir los objetos lejanos, presentándolos bajo un ángulo mayor que á la simple vista. El anteojo astronómico, que es el mas sencillo de los telescopios, está compuesto de dos cristales convexos desiguales, de los cuales el mayor se llama objetivo porque mira hácia el objeto, y el otro ocular porque es el que se aplica al ojo. El primero recibe los rayos que proceden del objeto, los obliga á reflejarse en *el interior del anteojo, y los reune en un punto* llamado foco, y concentrados de este modo los rayos, forman una imágen muy disminuida del objeto esterior, pero esta imágen se halla luego amplificada por el ocular, el cual desempeña funciones análogas á las de un lente.

Cada cristal tiene su foco y estos dos focos tienen un punto de coincidencia que es el verdadero foco del anteojo, el cual se halla siempre mas cerca del ocular que del objetivo; porque la convexidad de aquel es siempre mayor que la de este, lo que equivale á decir, hablando en términos técnicos, que la *distancia focal ocular* es siempre menor que la *distancia focal objetiva*. Cuando *los dos cristales están colocados de modo que los dos focos* no se confundan en uno solo, es evidente que la suma de las distancias focales no es igual á la distancia que hay desde el objetivo al ocular, y en este caso carece de una de las condiciones mas importantes para que muestre distintamente los objetos. De esto resultaria necesariamente que siendo distinto el alcance de la vista de los observadores, cada uno de ellos necesitaria un anteojo particular sino se hubiesen colocado los cristales en tubos móviles que permiten alejar ó aproximar mas ó menos el uno del otro.

Uno de los incouvenientes de los anteojos astronómicos, *es que presentan los objetos al revés, lo que es sumamente* desagradable cuando se aplican á los objetos terrestres, pero no cuando nos servimos de ellos para contemplar los astros, pues ya sabemos que los movimientos de izquierda á derecha son de derecha á izquierda y *viceversa*, y el borde superior de un astro es el que nos los presenta el anteojo como inferior y asi recíprocamente.

De la fuerza aumentativa del instrumento depende la mayor ó menor magnitud de lo que se llama *campo de un anteojo*, ó espacio circular del cielo que con él se descubre.

Con independencia de su *primera construccion*, es decir, por cuidado que se ponga en trabajar y montar los cristales, puede un anteojo tener varios defectos. Los rayos del objeto que atraviesan los bordes del objetivo, pueden esperimentar una descomposicion que produzca colores; pueden otros rayos estraños al objeto introducirse en el anteojo, y las paredes inferiores del tubo reflejar una luz falsa que se mezcle con la luz directa. Para destruir estos defectos se ennegrece el interior del tubo, y se coloca en el un anillo circular que no deja pasar mas que los rayos que llegan por medio del objetivo. *Este anillo, ennegrecido tambien*, se llama diafragma, y se ha de procurar que su abertura, al mismo tiempo que sirva para el objeto propuesto, reduzca á todo lo menos posible la estension del campo del anteojo.

Por la relacion geométrica de las distancias focales de los cristales, se mide el poder amplificador ó aumentativo de un anteojo, y partiendo de este principio no solo podemos determinar cuantas veces aumenta un anteojo un objeto cualquiera, sino que tambien construir anteojos cuyo poder aumentativo conozcamos de antemano. Basta para lo primero medir las distancias focales del objetivo y del ocular, dividir el número que representa la *primera por el que represente la segunda*, y el cociente espresará el poder aumentativo.

Para construir por ejemplo un anteojo que aumente cien veces los objetos, es necesario trabajar dos cristales, de modo que la distancia focal del uno sea cien veces mayor que la del otro, y emplear el primero como objetivo y como ocular el segundo, disponiéndolos sobre *un mismo eje*, de manera que su distancia respectiva sea igual á la suma de las dos distancias focales.

Un anteojo sin defectos, es un instrumento tan precioso como raro, y su precio superior á las fortunas ordinarias. La primera de sus cualidades es la fuerza aumentativa, y la segunda la claridad. Un anteojo es defectuoso si representa los objetos menos luminosos de lo que son en su estado natural, observados sin auxilio de ningun instrumento. Es menester ademas que la imágen del objeto sea *distinta, bien terminada, pura*, que no ostente ninguno color que no sea natural del objeto. Tambien debe el anteojo tener el mayor *campo aparente que consienta su poder aumentativo*.

Cuando se observa un astro para conocer su posicion exacta en el espacio, no basta decir que se halla en el campo del antojo, pues puede ocupar en él mil sitios distintos, y es de consiguiente necesario referir la observacion á un punto exacto, lo que se consigue colocando en el foco del instrumento dos hilos muy finos que se cruzan en angulo recto en el centro. A veces se colocan otros hilos á los lados de estos, constituyendo un aparato de hilos que se llama *reticular*, y toma el nombre particular de *micrómetro*, cuando forma por sí solo un instrumento destinado á medir cantidades muy *pequeñas, tales como los diámetros de los astros*. Se llaman anteojos, en general, los instrumentos que sirven para hacernos ver los objetos lejanos por medio de cristales que refringen la luz que los atraviesa. Los telescopios son instrumentos que producen el mismo efecto con el auxilio de un espejo metálico, cuya superficie cóncava y bruñida refleja la luz en un punto. De *los anteojos, propiamente dichos* trata la *dióptrica*; de los telescopios la *catóptrica*.

Los telescopios mas usados son el *Newtoniano* y el *Gregoriano*: Herschel ha construido algunos grandes telescopios en que ha reemplazado el espejo menor con un cristal colocado en el borde del tubo, con cuyo auxilio se ve la imágen producida por el espejo mayor. No hay ninguno de estos telescopios que no tenga sus ventajas y sus inconvenientes. Todos son muy costosos; se estropean fácilmente, y su conservacion acarrea grandes gastos.

A. R.

ESCURSION A LOS SANTOS LUGARES,

POR ARCULFO, OBISPO FRANCO, EN EL SIGLO VII DE NUESTRA ERA, TRANSCRITO EN EL XI POR UN MONGE CLUNIACENSE.

(CONCLUSION.)

DEL MONTE THABOR.

Hállase este monte en el centro de la Galilea, á tres millas de Manasés y á la parte boreal del mar de Cinereth. Es redondo por todos lados, sobremanera vistoso, alto de treinta estadios en su vértice, que tiene veinte y tres de perímetro, y es tambien campestre y amenísimo. Rodeado de frondosa selva, vése en el propio lugar un monasterio que contiene *tres iglesias en memoria de* aquel dicho de San Pedro: «faciamus hic tria tabernácula». Es fábrica famosa, enteramente amurallada.

SITUACION DE DAMASCO.

Siete buenas jornadas separan del Thabor esta ciudad, que está situada en medio de una gran llanura cubierta de olivares. Tiene *buenas murallas* torreadas y recibe cuatro rios que la amenizan. Celoso de los cristianos, que conservan en ella una iglesia dedicada al Bautista, el rey de los sarracenos ha fundado y consagrado otra para su uso y el de su gente.

SITUACION DE ALEJANDRÍA.—RIO NILO.

Desde el Ocaso al Oriente y buen trecho hácia el Austro, báñase Alejandría en las bocas del Nilo, y al Aquilon en el lago Mareótico. Su puerto seria difícil, á no presentar una configuracion especial, semejante al cuerpo humano, ancho en su cabeza ó fondeadero, estrecho en la gola por donde desembocan las aguas del mar y los buques que hacen el tráfico mercantil, y dilatado por fuera como el resto del cuerpo del hombre. En esta islilla á *mano derecha, hay construido un magnífico* faro ó torre que se enciende todas las noches para dirigir á los navegantes y señalarles el canal de entrada que es peligroso á causa de la violencia de la corriente: en cambio el puerto está siempre tranquilo ofreciendo una estacion segura, con ámbito de treinta estadios.

A los viajeros que llegan á la ciudad de la parte de Egipto, ofrécese al entrar hácia la derecha, una iglesia, en la que descansa el cuerpo de San Marcos evangelista, al lado oriental de la misma, colocado delante de un altar, y cobijado por un tumulillo cuadrangular de mármol.

A inmediaciones del Nilo, los egipcios construyen diques y *reparos para evitar sus inundaciones; pero si* desgraciadamente son omisos los vigilantes, ó recias las avenidas, los campos, lejos de reportar beneficio alguno para el riego, quedan cegados y asolados. Por esta causa los que moran en el llano y en las cañadas, suelen construir sus cabañas en lo alto de algunas estacas.

III.

CONSTANTINOPLA. — BASÍLICA EN LA CUAL SE CUSTODIA LA CRUZ DEL SALVADOR.

Constantinopla, escepto por su lado Norte, está toda rodeada de mar, el cual tiene sesenta millas de largo desde su punto de enlace con el Mediterráneo hasta las *murallas de la ciudad*, y de *cuarenta* desde las *mismas* hasta la embocadura del Danubio. Estas murallas, angulosas en la costa, miden doce mil pasos de circunferencia.

El emperador Constantino trató en un principio de edificar su capital en la Cilicia, allende el mar que separa la Europa del Asia; pero como una noche desapareciesen las *herramientas de los operarios*, viendo en ello una señal del cielo, mandó buscarlas por todas partes, y al cabo fueron encontradas en este punto de Europa, donde se halla ahora la ciudad, la cual se edificó allí siguiendo tan manifiesta voluntad de Dios.

Admirable es la gran basílica llamada de Santa Sofía, con su doble casamento de planta circular, cimentado sobre tres paredes, *afianzado en robustas columnas* y arrojado á grande altura por cima de unos arcos colosales. En su interior, al Aquilon, contiene un grande y precioso armario, el cual á su vez encierra dentro un cofre de madera con su tapa, tres fragmentos de la cruz del Salvador, esto es, el ástil en dos pedazos y el travesaño por separado. Solo tres veces en otros tantos dias solemnes, ofrécese esta reliquia á la adoracion del pueblo, á saber, el jueves, el viernes y el sábado santo (1), al intento abierto el cofre, es colocado sobre un altar de oro, alto de dos codos y ancho de uno, y empezando el emperador, á la cabeza de todas las órdenes de la gerarquía laical, *póstrase á besar el sagrado leño. El dia* siguiente lo adoran la emperatriz y las damas, matronas ó doncellas de la córte y del pueblo. El tercer dia toca el turno á los obispos y prelados y demás del clero. Mientras el cofre está abierto, un suavísimo aroma se difunde por toda la iglesia y brota de los nudos del sacro madero un licor como aceite, tambien odorífero, cuyas menores partículas bastan á sanar cualquiera dolencia.

Hé aquí lo que se me ha ocurrido decir acerca de los lugares santos, siguiendo la fe de las historias, y en *particular el dictado de Arculfo, obispo de las Galias cuya* relacion ditrsibuida en tres libros, redactó con alguna amplificacion el presbítero Adamnan, eruditísimo en la Sagrada Escritura. Deseoso aquel prelado de visitar los Santos Lugares, dejando su patria trasladóse á la Tierra de Repromision, moró algunos meses en Jerusalen, dirigiéndole un anciano religioso llamado Pedro, el cual le acompañó durante su escursion y le ilustró sobre cuanto, en su santo afan, deseaba saber. Habiendo sucesivamente recorrido las ciudades de Alejandría, Damasco, Constantinopla y la isla de Sicilia, al dar la vuelta, con ansia de tornar á la patria, la nave que le conducia, *combatida de vientos contrarios vino, tras muchos* azares, á parar á nuestra isla de Bretaña (2), hasta que despues de haber sufrido nuevos percances, hallóse con el referido venerable Adamnan á quien en elegante descripcion enseñó á historiar su curioso viaje; y nosotros, *descartando de él algunas* menudencias y *cotejándole con* antiguos testos, aquí se lo trasladamos al lector con el especial encargo de que procure atenuar los trabajos de esta vida consagrándose no ya á curiosidades livianas sino al ahinco del estudio y á la frecuencia de la oracion.

JOSE PUIGGARÍ.

POR UN HOMICIDIO UN HOSPITAL.

RECUERDO HISTÓRICO.

Alegre y bien engalanada turba de jóvenes atravesa-

(1) «*In cœna Domini, in Parásceve et Sabbato Sancto.*»
(2) De estas palabras se arguye el origen inglés del compilador.

ba la plaza nueva de Granada en uno de los hermosos dias de primavera del año de gracia 1530. Distinguíase entre todos por su marcial apostura y resuelto continente un hermoso mancebo como hasta de veinte y siete años, que llevaba admirablemente ceñido á su esbelto talle el rico y galano trage que introdujo en la córte castellana el opulento emperador.

Con aire altanero y como quien precia de su persona y gusta que en él reparen, marchaba con direccion á la calle de los Tintoreros en la márgen izquierda del Dauro, seguido de sus amigos, entre los cuales alcanzaba poderosa influencia por su decir y por su espada.

Acertaban á pasar en aquella hora algunas moriscas de vuelta del baño, y como segun su usanza y á despecho de la pragmática de Doña Juana, llevasen el rostro recatado con el velo, nuestro jóven, enamorado y poco amigo de dificultades, dijo dirigiéndose al que cercano tenia:

—¿Sabes Gonzalo que aquella del velo turquí, debe ser la mas apuesta moza que haya nacido en esta tierra? A juzgar por sus ojos el resto de su hermosura, no ha de encontrarse mayor en toda la comarca: malditos velos y malditas costumbres, que no han sido bastantes á desterrar los decretos de la desgraciada Doña Juana ni las órdenes del emperador.

—Es que las órdenes del emperador no se ejecutan como debieran, porque mira con demasiada compasion á esa raza que al fin habrá de levantarse contra nosotros.

—Eso no me importa: lo que yo quiero es ver el rostro de aquella morisca que por la cuesta de Cuchilleros toma, y en verdad que mi deseo va á realizarse en breve.

Y diciendo y haciendo separóse á buen paso de sus compañeros, y alcanzando á la morisca, atusando el negro bigote y tomando la actitud mas *irresistible* como ahora se diria, empezó á requerirla de amores.

La bella desconocida iba acompañada por un criado negro de fiera mirada, el cual al acercarse el caballero á su señora se interpuso diciéndole en mal castellano.

—Guardada estar, que yo su esclavo ser: vete rumy.

El caballero al escucharle no hizo caso y estendió el brazo para apartarle; pero el esclavo desnudando un puñal y cogiendo con el brazo siniestro el velo de la mora gritó colérico.

—¡Vete rumy! ¡vete rumy!

—¡Miserable! ¿te atreves á hacer armas contra uno de los mejores caballeros de la córte? si no temiera manchar mi acero en tus negras carnes, pronto te enseñaria cómo merecen ser tratados los villanos de tu raza.

—¡A mí villano! rugió rechinando los dientes el negro; de reyes vine en Fey y tú ser de manceba maldita.

Al escuchar tan irritante ultraje, el jóven desnudó la daga y fuese para el africano que resistió el primer ímpetu esquivando el golpe con la agilidad tan comun en los de su raza.

La morisca lanzando gritos de alarma entróse en una casa cercana, y los dos enemigos quedaron en la calle trabados en sangrienta lucha.

Agil y fuerte el moro empezaba á hacer perder terreno al caballero, que tuvo que recurrir á la espada para su defensa, cuando aquel sintióse acometido por otros seis.

Eran los compañeros del osado galanteador, que viendo en tan mal trance á su compañero acudieron presurosos en su socorro.

El negro al recibir tan inesperado ataque, retrocedió braveando de corage; pero no cedió su puesto, pues únicamente se limitó á ganar la cercana tapia para apoyar la espalda, y comenzó á repartir tan certeros golpes con su yatagan que mas de una vez al levantarla para dejarla caer de nuevo, el brillo de su hoja se veia empañado por roja y humeante sangre.

Pero la lucha era demasiado desigual para que pudiese ser sostenida por mucho tiempo: las espadas de los jóvenes amenazaban constantemente al iracundo africano, y al fin este viéndose en tan apurado trance dió á correr para salvar la vida. Ciego de cólera el atrevido galanteador lanzóse detrás, seguido de sus camaradas, y de este modo en furiosa carrera atravesaron la plaza nueva y subieron la calle conocida hoy con el nombre de *la colcha*.

Cansado el africano con la pesada lucha que habia sostenido, jadeante, rendido, subia la cuesta de la calle, sintiendo á poca distancia los pasos de su colérico rival, que olvidado de sí mismo, corria desalentado como corre la fiera de la montaña tras la presa, solo para saciar su sed de sangre.

La respiracion del africano era cada vez mas penosa: sus secas fauces apenas podian dar paso al comprimido aliento, y ya su respiracion agitada, era solo roncos quejidos.

Y el jóven avanzaba sin cesar, los ojos brotando sangre, la boca abierta, el cabello descompuesto, la espada en alto y apretando la daga en rabiosa furia.

Sus compañeros apenas podian seguirle.

La gente que pasaba huia despavorida, haciendo plaza á aquellos hombres que caminaban al crimen, llevados por el huracan de la muerte.

Hubo un momento en que el africano cayó desfallecido. De su boca brotaba la sangre, mientras una tos seca y honda le hacia retorcerse con crueles dolores.

El mozo en medio de su carrera sonrió satisfecho: avanzó los pocos pasos que le separaban del africano y alzó blandiendo la daga con un grito de condenado.

Ciego de corage iba á descargar el golpe; pero de pronto lo suspende quedando sin accion, con los ojos fijos, trémulo y como poseido de un espíritu superior.

¿Qué habia visto el asesino en su víctima?

Pálido, con una mirada tan dulce y resignada como la de un mártir, un hombre pobre, arrodillado delante del africano, cubre su cuerpo, y presenta al rabioso perseguidor su pecho desnudo.

Aquel hombre no viste como ninguno de su época: un saco de paño basto de una mezcla negruzca cubre su cuerpo, al que lo sujeta un cordel de cañamo.

Su cabeza descubierta y pelada completamente, se inclina sobre sus hombros desnudos con tanta humildad y su mirada es tan dulce, que parece se refleja en él la luz celestial del paraiso derramando consuelo en el corazon.

El iracundo jóven ante aquella aparicion estraña, quedó algunos instantes subyugado y sin movimiento.

Pero en breve la voz del rencor ahogó la del deber, cuando desapareció el sentimiento indefinible que le inspiró aquel hombre esponiendo su vida por salvar la de su hermano, al oir gritar á uno de sus compañeros.

—¡Ah! Es el loco, el loco: echadle fuera.

—Vamos, apártate: gritóle el caballero: ¿quién te mete á defender á los que no conoces? Déjame, ó vive Dios que no respeto que seas ó no loco y te mato lo mismo que á ese perro que cubres con tu cuerpo. Ea, retírate pronto.

—No puedo. Dios me manda salvar á mis hermanos, y ha permitido llegue á tiempo de salvarte y salvarlo: á él de la muerte del cuerpo; á tí de la muerte del alma.

—Vamos; vamos, no vengas ahora con sermones; déjame en paz.

—Por ella estoy aquí.

—¡Acabarás, mentecato! Vete, ó sino, creo que hago dos víctimas por una.

El africano que habia permanecido inmóvil, recobrado algun tanto al volver á tener conciencia de su situacion, oyendo tan cerca la voz de su perseguidor, con el instinto natural de la conservacion, emprendió de nuevo su trabajosa marcha.

El caballero, al notarlo, sintió renacer sus deseos de venganza, creyendo iba á quedar perdida, y poniendo la mano sobre el hombre del saco de lana, gritó:

—¡Déjame, ó vive el cielo! .. Y sacudióle fuertemente.

El hombre estraño, por toda contestacion, miró hácia atrás, para asegurarse de que el negro avanzaba en su huida.

Despues alzándose con una magestad tan noble, como santa y sublime habia sido su anterior actitud, dijo con voz sonora al aturdido caballero.

—Atrás, asesino, atrás en nombre de Dios. Ese hombre es tu hermano, y es hijo del Señor. Adelanta si quieres y consuma tu obra; pero no olvides que al ensangrentar tu acero en ese desgraciado, correrá tambien la sangre del que vino al mundo para redimirle en el calvario. Adelanta y verás brotar la del hijo de Dios que murió por señalarte con ella el camino del cielo.

Y al acabar estas palabras puso delante del caballero la imágen venerada de Jesucristo crucificado.

El rostro del jóven varió completamente de espresion. Un cambio repentino acababa de obrarse en su alma. Llevó la mano á la gorra, descubrióse con respeto, y cayó de rodillas murmurando la palabra «perdon.»

—Si lo tendrás, hermano mio. Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. Tú ibas á dejarte arrebatar el cielo, destruyendo la obra de Dios, matando á tu hermano. Pues bien, vive por ellos, y para ellos y cifra tu gloria en aliviarlos. Socorre al desvalido como al enfermo, ejerce los santos deberes de la caridad, y las lágrimas de gratitud de tus hermanos te abrirán el camino de la gloria. *Haz bien para tí mismo.*

La fisonomía de aquel estraño personaje, resplandeció en aquellos momentos como si en ella reflejase la luz del cielo.

El caballero seguia arrodillado á sus piés con la cabeza oculta entre las manos. Sus compañeros contemplaban respetuosos esta escena.

De pronto, el jóven se levantó, cogió las manos del hombre de la tosca vestidura, y las besó, mientras de sus ojos corrian raudales de lágrimas.

El desconocido le abrazó con alegría inesplicable, y despues alzando los ojos al cielo, elevó una mirada de inmensa gratitud.

Pasados algunos instantes, el caballero volvió á besar las manos del desconocido, y se alejó á pasos lentos con la cabeza baja y sin pronunciar una palabra.

A poco la calle volvió á quedar abandonada.

Solo se vió al desconocido acabar de subir la cuesta, y á poco bajar con un hombre de atezado rostro, cargado cuidadosamente sobre los hombros.

Aquel hombre que de tan estraño modo se habia presentado para salvar á su hermano, era Juan de Dios; el apóstol de la caridad, el que sin mas armas que su fe y su ardiente amor á sus hermanos, conquistó el mundo del sentimiento para los que sufren y los que lloran. Juan de Dios, el atrevido soldado portugués que oyendo los sermones del maestro Juan de Avila y las escelencias de la caridad, trocó sus vestiduras de guerrero por el tosco sayal de la penitencia y consagró su vida entera á sus hermanos.

Nada tenia y pobló de hospitales el mundo.

Decimos mal: tenia la fe que allana las montañas, y tenia caridad, esa virtud cuya dulcísima fruicion solo puede compararse al amor de los ángeles...

El atrevido galanteador, era Anton Martin, el valiente caballero querido de las damas, que escitado violentamente por las sublimes palabras del apóstol de la caridad, vendió sus bienes, ciñó el saco de lana, y vino á Madrid su patria, para fundar un hospital en la plazuela de su nombre.

De este modo el sangriento homicida, se convirtió en ángel tutelar de sus hermanos.

JUAN DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

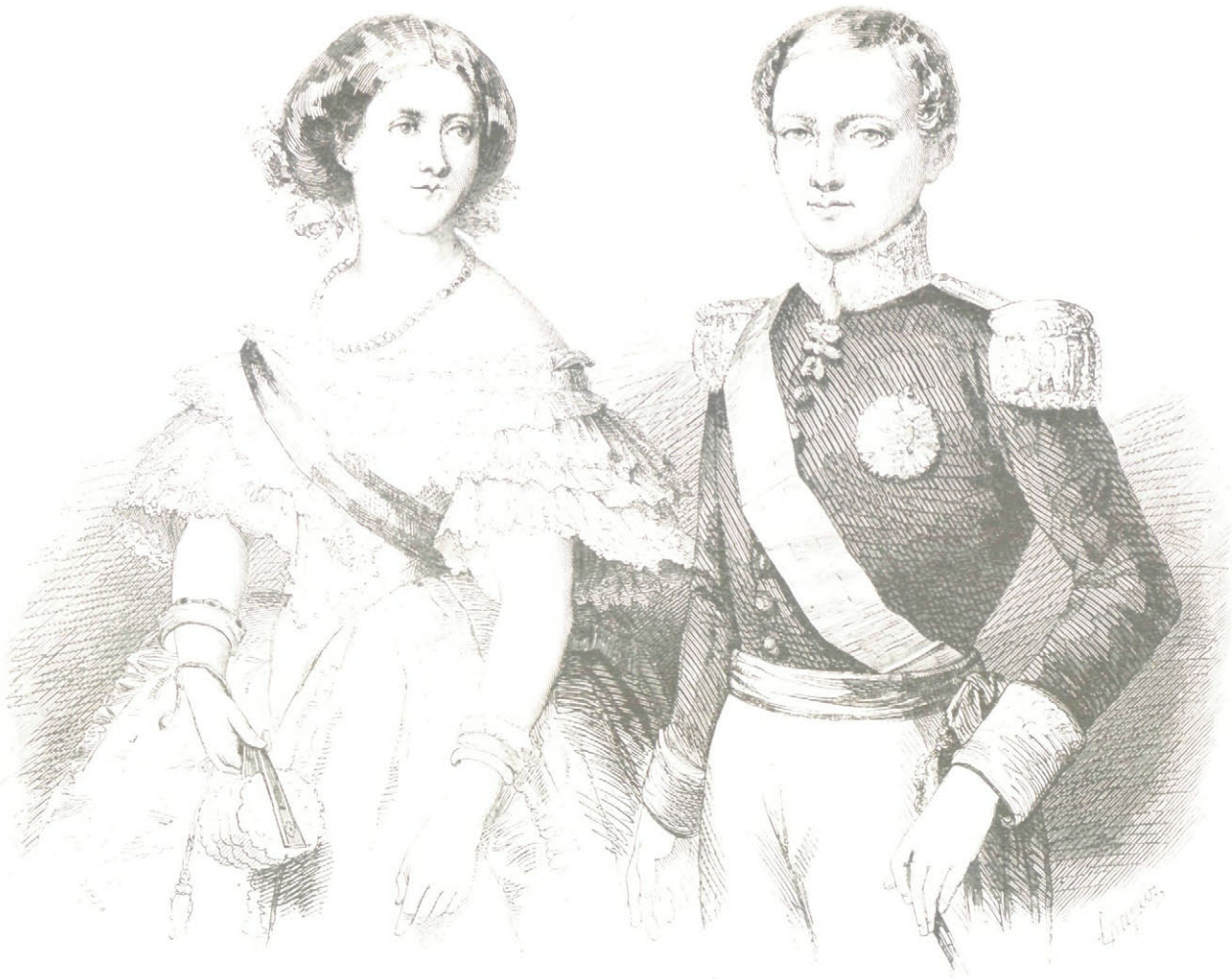
REVISTA DE LA QUINCENA.

El acontecimiento mas ruidoso de la quincena es el viaje de la córte á Alicante y Valencia. El 24 salió la comitiva régia de Aranjuez y el 25 entre cinco y seis de la tarde llegó á la primera de aquellas capitales que estaba engalanada para celebrar el acontecimento. Acudieron á presenciar la llegada del tren real mas de 30,000 personas de todos los pueblos de la provincia, deseosas de contemplar el espectáculo para ellos nuevo de los esplendores cortesanos. En la plaza de la Constitucion habia un arco de triunfo costeado por el comercio: la comitiva pasó por él á las siete y se dirigió á San Nicolás, donde la esperaba el cabildo catedral. Despues de media hora de oracion en el templo, la reina se trasladó á la casa de la ciudad, donde tenia preparado alojamiento. Los fuegos artificiales y las músicas iluminaron y alegraron la noche; y volviendo al dia siguiente los espectáculos (*redeunt spectacula mane*) visitó S. M. á las monjas de la Sangre, las Capuchinas y las de Santa Faz á tres cuartos de hora de la poblacion. El 27 la córte, despues de haber asistido á la corrida de toros, que segun dicen fue bastante mala, visitó la escuadra, que para la altura en que estamos es bastante buena. Por la noche asistió á los fuegos artificiales que fueron vistosos y variados, y al dia siguiente 28 se embarcó á bordo del navio *Rey Francisco de Asis* y acompañada de toda la escuadra compuesta de once buques, se dirigió á Valencia, á donde llegó el 29 á las once de la mañana. Como en Alicante, un gentío inmenso esperaba en el Grao y saludó á la escuadra con vivísimas aclamaciones. La comitiva régia desembarcó á las dos de la tarde, y entrando en la ciudad, recibió las felicitaciones acostumbradas. Los festejos que las autoridades de Valencia preparan, ademas de las danzas del pais, fuegos de artificio, funciones teatrales, etc., tienen un carácter filantrópico: hay dotes para doncellas é imposiciones para niños espósitos, vestidos á los pobres de ambos sexos y otras muestras de la caridad valenciana.

Esta es la relacion descarnada que conviene á la revista. La relacion especial del viaje de la córte con sus incidentes y los grabados que han de representarlos, vendrán en otro número, no pudiendo ir en este por haberse verificado el acontecimiento á últimos de la quincena. Un entendido escritor y hábiles dibujantes están sin embargo encargados de la parte descriptiva y artística del suceso, y nuestros lectores no perderán nada en esperar.

Mientras la córte de España se divierte, la de Portugal festeja el matrimonio de don Pedro V con grande entusiasmo por parte de la poblacion. Habiéndose verificado los festejos desde el 18 al 23, tenemos la relacion circunstanciada de ellos y los retratos del rey y de su esposa la princesa Estefanía de Hohenzollern Sigmaringen, que publicamos en este número.

La reina de Portugal llegó el 18 á la barra del Tajo en el *Bartholomen Diaz*, vapor de la marina portuguesa. Tan luego como fue avistado, el vapor *Mindello* á cuyo bordo iban el infante don Luis, el duque de Saldanha y otros personajes, salió á su encuentro, acompañado de otra multitud de buques y barcos pescadores empavesados. La reina, vestida de verde y colocada en el castillo de popa del *Bartholomen Diaz*, contestaba agitando un pañuelo blanco á los vivas conque era recibida; y á las seis de la tarde la escuadra fondeó en el *Terreiro do Pazo*. A las siete se embarcó el rey acompañado de su servidumbre y seguido de entusiastas aclamaciones para trasladarse á bordo del vapor que conducia á su esposa, en cuya compañía permaneció tres horas; al dia siguiente á las once, la reina hizo su entrada solemne; y despues de haber recibido las llaves de la ciudad presentadas por el ayuntamiento, se dirigió la comitiva régia á la iglesia de Santo Domingo donde estaba preparada la ceremonia de la ratificacion del enlace. En el pórtico del templo recibió á SS. MM. el ayuntamiento y en el interior el cabildo, cuyo prelado les dió á besar la cruz. Desde allí se dirigieron al presbiterio y se sentaron en el trono dispuesto al efecto, teniendo á la derecha al rey padre y los infantes, á su inmediacion al ministerio, el consejo de Estado y los gefes de palacio, y al lado del Evangelio á la grandeza, camareras, infantas y oficiales de servicio. El patriarca acompañado de seis canónigos cantó las oraciones que preceden á la misa de matrimonio, que dijo el dean; y terminada, despues de haber tomado asiento el prelado, se acercaron SS. MM. con los testigos, y estando todos en pié fue ratificado el matrimonio. Hecho esto, se cantó el *Tantum ergo* y el *Te deum* acompañados de setenta ins-



LA PRINCESA ESTEFANÍA HOHENZOLLERN, REINA DE PORTUGAL. DON PEDRO V, REY DE PORTUGAL.

trumentos músicos y sesenta voces, ocho de ellas de señoras, y quedó concluido el acto.

SS. MM. se dirigieron luego desde el templo al palacio *das Necesidades* y desde él presenciaron el desfile de los cuerpos de la guarnicion. Por la noche se iluminó espontáneamente toda la ciudad; las bandas militares estacionadas en la Plaza del Rocio y en el *Terreiro do Pazo* alegraron á la bulliciosa multitud con los sonidos de la música; y SS. MM. asistieron al teatro, donde se representó una aplaudida comedia de un escritor portugués titulada *Pedro das Carapuzas*.

Al dia siguiente hubo numerosa recepcion en Palacio, no besamanos, pues el rey ha suprimido la ceremonia del beso. El nuevo ceremonial no permite besar otra mano que la de la reina: á las demás personas reales se saluda con genuflexiones. Por la noche se repitió la iluminacion general, y al dia siguiente hubo gran concierto, gran revista, grandes funciones teatrales y grande animacion en el público.

Antes de dejar á Portugal paguemos un tributo de respeto y sentimiento á la memoria de uno de sus hombres ilustres, muerto hace pocos dias. Hablamos del Sr. Fonseca Magallaes, hombre político de vida inmaculada y de espíritu recto. Su cadáver fue conducido al sepulcro acompañado de un pueblo inmenso vestido de luto. Los Sres. Fontes y Cazal Ribeiro pronunciaron discursos en su obsequio, y el cardenal di Pietro, nuncio de Su Santidad en Lisboa, recibió el cuerpo al ser depositado en la iglesia.

Ha muerto tambien la duquesa de Orleans, madre del conde de París, cuyos restos serán depositados en la pequeña capilla, cerca de Clermont, que contiene ya los de Luis Felipe y de la duquesa de Nemours.

Viniendo á nuestro país, diremos que se han publicado las obras del malogrado poeta Zea, segun el acuerdo tomado por la reunion Cruzada Villamil en el año anterior. Forman un elegante tomo digno de adornar la biblioteca de todos los amantes de las letras, por el fondo de poesía que contiene, y de todos los seres compasivos aunque no sean literatos por el objeto á que se destina el producto de la venta, que es el socorro á la viuda del autor. Se ha publicado tambien el tomo 44 de la *Coleccion de Autores Españoles* que contiene la *Gran conquista de Ultramar*, crónica antigua de las Cruzadas, ilustrada con escelentes notas críticas y un glosario por don Pascual Gayangos.

Mientras en el teatro de Jovellanos, cuyas puertas continuarán abiertas el mes de junio, se prepara la zarzuela *Bruschino*, en Novedades se ha representado el *Baltasar* con un objeto especial, el de ofrecer á su autora un regalo escogido como muestra del reconocimiento de la empresa y del aprecio del público. Al mismo tiempo en el teatro del Circo se ha representado á beneficio de la Carrasco una comedia arreglada del francés con el título de *Las mujeres*. Desgraciado ha sido este arreglo porque la comedia fue silbada. Y sin embargo en París el original que se titula *Les femmes terribles*, y está escrito por M. Dumanoir, ha gustado especialmente porque se dirige á atacar un vicio muy comun, el de la murmuracion. Muy diferente fue el éxito que obtuvo en el mismo teatro el concierto dado por el Sr. Molist, violinista español que se presentó en la noche del miércoles último á tocar una fantasía original y una composicion tambien suya sobre motivos de zarzuela. El Sr. Molist, á la brillantez de la escuela francesa, de que es discípulo, añade un sentimiento profundo del arte; y en las dos piezas que tocó nos hizo admirar estas cualidades, no menos que su limpieza de ejecucion. El público confirmó con sus aplausos el juicio favorable que han formado de este artista las sociedades filarmónicas del estranjero, donde ha tocado con general aprobacion

Por esta revista, y por la parte no firmada de este número.

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

Entre dos muelas molares nunca metas tus pulgares.

Desde el dia 15 de junio estará espuesta al público en la librería de los Sres. Gaspar y Roig, calle del Príncipe, núm. 4, una copia de la *Perla* de Rafael. Esta obra del primer pintor italiano ha sido perfectamente reproducida al óleo, sin omitir ninguna de sus incomparables bellezas, por el jóven artista don Francisco Ortego, y colocada en un elegante marco dorado. Los editores del *Museo Universal*, al ofrecerla como regalo á sus suscritores, manifiestan de este modo su agradecimiento por la favorable acogida que el público ha dado á esta publicacion. Con el objeto de que puedan apreciarse fuera de Madrid las bellezas de la copia en cuestion, se está grabando con el gusto y perfeccion á que deben estar acostumbrados los lectores del *Museo Universal*, y verá la luz pública en este periódico juntamente con una biografía de Rafael, tan pronto como se concluya.

Tendrán opcion á la copia ejecutada por el Sr. Ortego los suscritores al *Museo* que lo sean por uno ó mas años y los que se suscriban por este tiempo antes del 30 de julio.

Los billetes para la rifa de la *Perla* se empezarán á repartir así que el *Museo* publique la biografía de Rafael.

PRECIO DE LA SUSCRICION.

MADRID.		PROVINCIAS.	
Por números sueltos á. .	2 rs.	Tres meses	14
Tres meses	14	Seis id.	25
Seis id.	24	Un año.	48
Un año.	40	En el estranjero un año.	70

ISLA DE CUBA, PUERTO RICO Y ESTRANJERO. Un año 40 rs.

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG.

DICCIONARIO
ENCICLOPÉDICO
DE LA LENGUA ESPAÑOLA,

Con todas las voces, acepciones, frases refranes y locuciones usadas en España y las Américas Españolas, en el lenguaje comun antiguo y moderno; las de ciencias, artes y oficios; las notables de historia, biografía, mitología y geografía universal, y todas las particulares de las provincias españolas y americanas por una sociedad de personas especiales en las letras, las ciencias y las artes.

Se están repartiendo las entregas del tomo 1.º á real la entrega en Madrid y real y medio en provincias. Los suscritores de provincias que tomen cuatro entregas lo menos, solo pagan á razon de real y cuartillo la entrega, ó sea cinco reales las cuatro entregas.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSÉ ROIG. IMP. DE GASPAR Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRÍNCIPE 4. 1858.